

Investigando el Mediterráneo

**Mediterráneo: sorpresa, diversidad
y cultura solidaria**

Pedro Martínez Montávez

Arabista. Profesor emérito de la Universidad Autónoma de Madrid

Mediterráneo y sorpresa

La conocida expresión “descubrir el Mediterráneo” significa algo así como inventar lo que ya está inventado, sorprenderse ante lo obvio y evidente. Quizá porque no todo en el Mediterráneo es tan reconocible y habitual como cabría suponer, quizá porque el Mediterráneo reserva todavía no pocas sorpresas. Indudablemente, las reserva. Y de estas sorpresas mediterráneas, como de todas las sorpresas, conviene que saquemos las correspondientes y provechosas enseñanzas.

Yo voy a contarles algunas de las que me he llevado. Me he referido a ellas en ocasiones anteriores, pero resultan tan ilustrativas que debo volver a ellas una y otra vez. La primera cae ya lejana en el tiempo, me ocurrió en repetidas y sucesivas ocasiones durante los primeros años de mi docencia universitaria. Uno de los primeros días del curso, antes de empezar a explicar la asignatura cuya enseñanza me ha ocupado principalmente: la lengua árabe, hacía a los estudiantes que iban a aprenderla diversas preguntas generales, y que me parecían elementales, para sondear los conocimientos que podían tener ya sobre temas árabes, o relacionados con ese mundo. Se trataba de estudiantes matriculados en el primer curso de la Facultad de Filosofía y Letras.

Como digo, eran preguntas básicas, de cultura general, pero para cuya respuesta acertada había que establecer algunos sencillos procesos deductivos y asociativos. Una de ellas era ésta: citen ustedes los nombres de tres países mediterráneos. Pues bien, les aseguro que casi nunca escribían el nombre de algún país árabe, era sumamente raro que esto ocurriera.. Por poner, hasta ponían Portugal en ocasiones, pero casi nunca, como digo, el de algún país árabe, ni del Magreb ni del Mashrek. Aquello, que me sorprendió profundamente al principio, que me parecía inexplicable, tenía sin embargo su explicación, aunque ésta resultara anormal, inconcebible: en sus mentalidades, los conceptos de “árabe” y de “mediterráneo” no estaban asociados, no marchaban juntos, no tenían nada que ver entre sí, no pertenecían al mismo ámbito, sino a ámbitos y esferas diferentes.

El Mediterráneo, así, resultaba el mayor mar del mundo –más aún que cualquier océano– porque no tenía más que una orilla: la del norte, la

européa, la "cristiana". Sin duda, hemos progresado a este respecto desde un tiempo a esta parte, porque ya no ocurre lo mismo, se asocian ya, aunque lo sea todavía en tono menor e insuficiente. Pero estoy completamente seguro de que, de hacer ahora la misma prueba y con sujetos semejantes, citarían finalmente más nombres de la orilla norte y "occidental" que de la orilla sur y "oriental". Porque no acabamos de considerarlos mediterráneos, o nosotros lo somos más que ellos, como si ellos estuvieran en camino de llegar tal vez a la "mediterraneidad". Desde luego, guiados por nosotros y mediante nuestro permiso. Parece como si la calle mediterránea fuera una calle con una acera predominante, mucho más transitada y conocida, mucho mejor trazada, pavimentada y habitada; una acera perfectamente iluminada, y otra en penumbra o en tinieblas.

Otra sorpresa es más reciente, me pasó hace menos de diez años. Andaba enfrascado en la preparación de la lección oficial de apertura del curso académico 1998-9 en la Universidad Autónoma de Madrid –mi universidad– que me había sido encomendada por el Consejo de gobierno de la misma, y que decidí que versara, después de pensarlo mucho, sobre "los árabes y el Mediterráneo: reflexión desde el final del siglo"¹. Cuando ya llevaba bastante adelantada su redacción, tuve de pronto la curiosidad de verificar si términos como "mediterraneidad" y "mediterraneismo" –que cualquiera de nosotros puede utilizar y de hecho utiliza, sabiendo lo que quieren decir suficientemente, aunque pueda haber también pequeñas diferencias de concepción y matices entre quienes los empleen– estaban recogidos en el *Diccionario de la Real Academia Española*, es decir, si tenían existencia oficial, fe de vida. Pues bien, no se recogían en el diccionario; no existían, no tenían fe de vida. Sabemos que con frecuencia el léxico oficial va por detrás del léxico corriente, que los diccionarios pueden ser finalmente panteones de términos, pero en este caso parecía demasiado, ¿no?. No sé si esta situación se sigue manteniendo o se ha rectificado, porque no he vuelto a consultar la fuente en cuestión, pero me temo que aún ni hayan "nacido". No sé tampoco si pasará lo mismo con algún otro término de nuestro entorno lingüístico y cultural. No quiero llevarme nuevos sobresaltos. Pero no me extrañaría que no fueran los únicos ejemplos.

No obstante, no pararon ahí el descubrimiento y la sorpresa. Tuvieron una continuación, seguramente más inesperada y más significativa. Porque resulta que el diccionario de nuestra Academia sí recogía, por el contrario, el término "atlantismo". Es decir, que "el pez grande se come al chico", como afirma el refrán español, que el océano le puede al mar. Seguramente, porque es más grande y poderoso. Y no sólo recogía ese término, sino que lo definía así textualmente: "actitud política de quienes basan la acción exterior en el pacto del Atlántico norte y se alinean con la política de Estados Unidos en nombre de los principios fundamentales de la OTAN". ¡Caramba, qué predominio de la creatividad

1. "Los árabes y el Mediterráneo: reflexión desde el final de siglo", Lección inaugural del curso académico 1998-1999 en la Universidad Autónoma de Madrid, publicado in Pedro Martínez Montávez (2004), *Mundo árabe y cambio de siglo*, pp. 173-.224, Universidad de Granada/Fundación El Legado Andalusi, Granada

política sobre la creatividad lingüística! Efectivamente, la prueba más concluyente de que la OTAN “es algo más que un club” –como ingenuamente, sin embargo, argumentan algunos– está ahí, donde menos podíamos suponerlo, en el diccionario. Será mejor, no obstante, no entrar en más consideraciones, pero sí me parece justificado hacerse alguna que otra pregunta cara al futuro inmediato. La siguiente, por ejemplo: ¿nacerá al menos “mediterraneismo” cuando nos alineemos con la política de Estados Unidos en el Mediterráneo en nombre de los principios fundamentales de la OTAN, u organización similar?. Sería de una coherencia lingüística absoluta. Y no sólo lingüística... ¡Y aún existen espíritus cándidos que piensan que la lengua goza de plena independencia y autonomía y está totalmente al margen y libre de las diversas asechanzas ideológicas!

Vayamos con una tercera comprobación. Es cierto que vivimos una época bastante iletrada, de poca instrucción, en la que los nombres y las denominaciones, las palabras, se ven sometidas a un proceso incrementado e implacable de erosión y pérdida de significados propios para los hablantes, para los usuarios del idioma. Yo, como los poetas, estoy completamente convencido, por el contrario, de que las palabras significan, están cargadas de significado/s. Cuando empecé a oír el término “euromediterraneismo” sentí algo raro, como un rechazo espontáneo inmediato, como una vibración interior de incompreensión y de desajuste, como una campanita que sonara avisándome de que aquello no iba, de que ese término no se ajustaba a la realidad lata ni la reflejaba correctamente.

En efecto, se trata de una denominación asimétrica, no equitativa ni equilibrada, menguada de una parte. Porque “mediterráneo” corresponde en realidad a ambas orillas, a ambas aceras, y así podemos identificarnos a la par y sentirnos concernidos los moradores de ambas y cada una de ellas. Pero “euro” corresponde sólo a una de éstas, en él podemos identificarnos y sentirnos concernidos únicamente “los de arriba”. Es así, ¿no?. En conclusión: del cien por cien final del término “euromediterráneo”, a esos “de arriba” corresponde un setenta y cinco por ciento del total, y el veinticinco por ciento restante nada más a “los de abajo”. Parece normal y justificado, por consiguiente, que no se sientan totalmente a gusto con el vocablo y su concepto, con esa divisa restringida y cicatera, que tan sólo los incluye parcialmente y parcialmente también los excluye. Lo justo y coherente, por tanto, sería buscar otro término, englobador a partes iguales y sin menoscabo de nadie, plenamente identificador para unos y para otros. Evidentemente, esto resulta muy difícil, y por ello se renunció a buscarlo seguramente. Por diversos motivos, en los que no cabe entrar aquí, pero cuya indagación resultaría tan aclaratoria como polémica, y a la que no hay que renunciar sin embargo cuando se plantea la ocasión propicia para hacerlo. Porque es muy posible también que, finalmente, los motivos no sean tantos, aunque sí tengan muy diferente peso, influencia y capacidad de imposición.

¿Por qué, pues, no decir sencillamente “mediterráneo”, que es en lo que coincidimos todos, los de arriba y los de abajo, los del arco occidental y los del arco oriental, lo que a todos nos corresponde, lo que podría llegar a identificarnos, de forma coherente, conjuntamente?. ¿Resulta del todo imposible, a estas alturas cronológicas y vivenciales, renunciar

por completo y explícitamente a toda veleidad de revivificación de visiones compartimentadas y fragmentarias?. ¿Resulta del todo imposible renunciar por completo y explícitamente a toda veleidad de revivificación de una visión de *Mare Nostrum*, consciente o inconsciente, material o simbólica?. Porque se comprueba que es parcial, reduccionista y larvada, porque no es identitaria para todos. Si el Mediterráneo y lo mediterráneo son de todas y de todos quienes lo habitan, y se pretende encontrar además una denominación que a todas y todos englobe e identifique directa y plenamente, ¿por qué no emplear tan sólo su nombre desnudo y entero?

Como se ve, el Mediterráneo reserva muchas sorpresas, y sorpresas nada baladíes, sino muy significativas y seguramente comprometidas. Basta con que tratemos de contemplarlo en toda su dimensión y extensión para conocer su existencia y su importancia. Pero es precisamente eso lo que no solemos hacer: contemplarlo en toda su dimensión y extensión.

Mediterráneo y diversidad

El pensamiento y la reflexión sobre el Mediterráneo, como sobre cualquier otro objeto similar, se han expresado de múltiples maneras y han quedado reflejados en numerosísimos terrenos de la actividad humana. Por ejemplo, la música, la pintura, la danza, la gastronomía, el juego, el deporte, el cine, el teatro... En todos estos campos de manifestación podemos encontrar innumerables referencias, datos y ejemplos de lo que cabe considerar en principio "caracteres mediterráneos", o "rasgos mediterráneos", o "formas mediterráneas", o "modos mediterráneos", etc... Y hasta cabría expresarlo de manera más categórica y con sustantivo más rotundo y posiblemente ambicioso: personalidad, identidad, calidad, condición, naturaleza... En realidad, con cualquier sustantivo de tal rango, globalizador, acompañado del adjetivo en cuestión: mediterráneo /a. La tarea resultaría sumamente ilustrativa y no difícil, pero también interminable y agotadora.

En esta breve contribución yo me voy a reducir a traer a colación una pizca tan sólo de lo muchísimo, totalmente inabarcable en definitiva, de lo que se ha podido escribir sobre el Mediterráneo, tratando de caracterizarlo y de definirlo. Como el material acumulado resulta eso: gigantesco, interminable, voy a limitarme a consultar tres libros publicados durante los últimos diez años en España y en lengua española. He preferido que se trate de obras colectivas, para que aumentara así el número de aproximaciones y de enfoques, para que hubiera más diversidad de pareceres, más contrastes. Se trata de los libros siguientes: *El Mediterráneo desde esta orilla*, 1997, 216 páginas de gran formato, publicado al tiempo que se presentó una exposición con el mismo nombre, por iniciativa de la Caja de Ahorros del Mediterráneo²; *Europa como cultura*, 2000, 292 páginas, en el que su editor, José Monleón, destacado intelectual y hombre de teatro, director del Instituto Internacional del

2. VAA (1997), *El Mediterráneo desde esta orilla*, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Alicante.

Teatro del Mediterráneo, recoge las ponencias presentadas en dos jornadas que tuvieron lugar en la Universidad Carlos III de Madrid en los años 1996 y 1997³; *Mediterráneo. Memoria y Utopía*, 2001, 510 páginas, coordinado y editado también por José Monleón, patrocinado por la ya citada Fundación y la Universidad de Murcia, y que quiere ser “una expresión colectiva del pensamiento mediterráneo”⁴. Me bastaba de momento con estos tres botones de muestra.

Voy a partir de dos afirmaciones generales y fundamentales, de dos juicios que, a mi modo de ver, cuentan con contundente comprobación. La primera de esas afirmaciones se debe al filósofo José L. Aranguren, quien por otra parte, como se sabe, no era ningún especialista en temas árabes pero sí algo bastante más importante: un gran pensador ético. Afirma Aranguren que “un problema clave en el diálogo cultural mediterráneo es la relación con la cultura árabe”, para complementar líneas más adelante tal afirmación con la siguiente recomendación: “reconocer que los árabes contribuyeron también, de manera relevante, al desarrollo de eso que llamamos la cultura occidental y, en especial, la hispánica”. Dos sentencias concluyentes, así de simples, de directas y escuetas, dos excelentes ejemplos de cómo decir verdades con pocas palabras. Y yo me pregunto, y les pregunto a ustedes: ¿tenemos suficientemente en cuenta la cultura árabe en el diálogo cultural mediterráneo?, ¿reconocemos habitualmente que los árabes contribuyeron también, de manera relevante, al desarrollo de la cultura occidental y, en especial, de la hispánica?. Seamos sinceros en la respuesta, que puede además sustentarse con abundante documentación de todo tipo: parece más bien que no, que ni hemos tenido suficientemente en cuenta la cultura árabe en el diálogo cultural mediterráneo, ni venimos reconociendo habitualmente su contribución relevante al desarrollo de la cultura occidental, y especialmente la hispánica. Las pocas excepciones que existen, indudablemente, y conviene recordar y resaltar siempre como se merecen, no hacen sino confirmar la regla. Y aunque muchos opinen que tales carencias empiezan posiblemente a remediarse, se trata más bien de apariencias engañosas. Ténganse en cuenta los violentos y crecientes vendavales de maurofobia, de arabofobia y de islamofobia que corren, en turbia y amenazadora amalgama archiconocida y viejísima, carente hasta del hipotético atractivo de una mínima exigencia innovadora, de cualquier atisbo de originalidad.

La segunda afirmación es mía: “El espacio mediterráneo es un marco idóneo para el ejercicio e incremento de las miradas cruzadas. Más aún, este natural e inevitable entrecruzamiento de miradas contribuirá decisivamente para la conformación de su particular idiosincrasia, para acabar de caracterizarlo y distinguirlo”. Aclaro: para llegar a conformar, caracterizar y distinguir ese espacio mediterráneo, si es que existe como algo más que obvia realidad geográfica. Yo no creo descubrir nada, ni transgredir nada, si mantengo que las miradas cruzadas entre ambos lados

3. José Monleón (ed.) (2000), *Europa como cultura*, Universidad Carlos III de Madrid y Boletín Oficial del Estado, Madrid.
4. José Monleón (coord. y ed.) (2004), *Mediterráneo. Memoria y Utopía*, 2 Vols. Universidad de Murcia.

del espacio mediterráneo han sido, sin embargo, bastantes menos de las que tendrían que haberse producido, y, sobre todo, que han estado radicalmente condicionadas y determinadas por elementos de ingerencia sobrevenidos, ideológicos y doctrinales en particular, que se han impuesto finalmente de manera casi total y muy nociva, y que habitualmente no hemos sabido ni querido contrarrestar ni suprimir.

Las miradas entrecruzadas entre dos "otros", mutuos, correspondientes y contiguos, o son equilibradas, equivalentes, frontales, simétricas, o son miradas auténticas y realmente útiles y beneficiosas para ambas partes por igual. Mirar no es sólo una operación física –que también lo es, resultando además muy ilustrativa–, sino que es también una operación mental, intelectual, emotiva, sensitiva. Mirar no es sólo ejercicio del sentido de la vista. Mirar exige conocimiento y respeto recíprocos, también al mismo nivel y con la misma intención y bagaje. Es decir, mirar, mirarse, es también una experiencia ética y moral. Y de todo ello no andamos precisamente muy sobrados cuando se trata de miradas entrecruzadas entre ambos lados del Mediterráneo.

Me parece obligado, sin embargo, hacer dos observaciones puntualizadoras. Justo es reconocer que las miradas dirigidas desde nuestra orilla a la otra han venido creciendo notablemente en cantidad de unos años a esta parte, aunque no lo hayan hecho tanto –y también es de justicia reconocerlo– en calidad. Como nuestro desconocimiento general –y más aún, predominante ignorancia– de las realidades árabes e islámicas eran realmente pavorosos, y no menos enorme nuestra altanera autoestima cultural, muchos se han visto obligados a seguir cursillos urgentes e improvisados de formación acelerada en estas materias, con los pobres y hasta lamentables resultados que cabía esperar, aunque esta acelerada pseudo formación les permita ahora ponerse vitola de especialistas y expertos en esos temas y disciplinas. Este es el caso de España, aunque supongo que no somos la única sociedad europea incurso en tal extravío. ¿Han advertido ustedes cómo han proliferado quienes se autodenominan arabistas e islamólogos?, ¿qué espléndida nómina de "mediterraneólogos" –horrible neologismo virtual– tenemos ahora?. El fenómeno es tan sorprendente como alarmante. De manera muy especial, para el Magreb, y sobre todo Marruecos. Claro, como es lo que nos pilla más cerca, en todos los sentidos. Ya lo advirtió el profesor Morales Lezcano, con perspicacia, hace unos cuantos años: a Marruecos le han salido muchos novios. Y también novias, habría que añadir sin tardanza ni vacilación, para que el asunto quede más claro y pertinentemente distribuido.

El sociólogo e historiador marroquí Abdallah Laroui observó atinadamente hace tiempo que "mientras que en Europa únicamente conocen la cultura árabe los especialistas, cada árabe culto está de hecho más o menos occidentalizado. Desde el momento en que se abre a la ciencia moderna absorbe una cierta imagen de Europa". Yo vengo afirmando desde hace tiempo también que las élites árabes –compréndase la generalización, en algún aspecto desproporcionada– nos conocen bastante mejor a nosotros que las nuestras a ellos. Evidentemente, es también una prueba como tantas otras de dependencia cultural por su parte, en cuyos pormenores, explicaciones y motivos no voy a entrar ahora. Decir cosas como aquéllas no suele gustar a la inmensa mayoría de nuestras

élites, pensantes, dirigentes, creadoras. Se rebelan ante tales afirmaciones y las censuran con violencia. Aseguran que mantener tales opiniones e ideas es despreciar a Occidente, en prueba absolutamente concluyente no sólo de que no entienden sino también de que pueden dar la vuelta a cualquier argumento como si fuera un calcetín. Por el contrario, con lo de la dependencia cultural respecto de Occidente se muestran, obviamente, totalmente de acuerdo y satisfechísimos.

Esos pretendidos argumentos que emplean, no lo son: entre otras razones porque si esas élites árabes nos conocen, comparativamente, más y mejor, se debe en gran medida a que han acabado de formarse en centros e instituciones occidentales, y han contraído esa deuda, que muy mayoritariamente reconocen además sin dudas ni complejos. Mientras sigamos planteando cuestiones tan importantes y básicas, estructurales, categóricas, de forma tan simplista y torpe, mientras sigamos haciendo gala sobre todo de tanta visceralidad e irracionalidad, de tanta escasez de documentación apropiada y de tanta servidumbre a tópicos y prejuicios –que no presentan además ninguna novedad y son simplemente mera repetición rancia de comportamientos y mecanismos arcaicos–, va a resultar sumamente difícil que establezcamos auténticos diálogos culturales, fórmulas recíprocamente provechosas de colaboración y cooperación, programas y proyectos comunes mutua y equitativamente beneficiosos. Nos encontramos en un momento que quizá no acertamos a ver y a valorar adecuadamente. Porque nos acechan y dominan tantas asechanzas, incertidumbres y desvíos como verdades, certezas y rectitudes. Y no acertamos a separar unas de otras, o no sabemos cómo hacerlo, o nos asusta el intentarlo. En tal coyuntura resulta más necesario y salvador que nunca seguir el consejo de Averroes –Ibn Rushd–, que recuerda Joaquín Lomba: “Entiendo por libertad la voluntad que nace de la reflexión”. Sí, reflexionar ayuda a sentirse libre y a comportarse como tal.

¿Es la diversidad rasgo característico esencial del Mediterráneo, un rasgo común primordial de sus diferentes paisajes, de sus diferentes sociedades, presente en sus distintas costumbres y maneras de vivir y de concebir la existencia?. ¿Se aproximarían tanto entre sí, natural y paradójicamente, por ser precisamente tan diversas? ¿Constituyen la diversidad y la pluralidad una riqueza típicamente mediterránea?. ¿Se caracteriza y singulariza la “mediterraneidad” por esa rica diversidad interna, que no sólo actuaría como factor aproximador entre sus diferentes manifestaciones concretas, denominables con nombres particulares y propios en cada caso, sino también como factor finalmente igualador? ¿Es el posible “orden mediterráneo” resultado sorprendente de la asunción de esa diversidad? Reconozcamos que se trata de planteamientos excesivamente generalizadores para resultar plenamente acertados y distintivos. Sin duda, y conviene por lo mismo no aceptarlos como categorías fijas indiscutibles, pero sí pueden poner de manifiesto y de relieve formas y modalidades compartidas, existentes y detectables con facilidad y con frecuencia en las diversas piezas que componen el conjunto mediterráneo, presentes y compartidas en cantidades y grados variables, obviamente, en cada una de ellas. En todo caso, son planteamientos que están justificados por la lectura de los textos que hemos tenido en cuenta y avalados por ellos. Hagamos algunas referencias oportunas al respecto, seleccionadas de las muchas que aparecen.

En tales apreciaciones concuerdan por ejemplo, con las naturales diferencias matizadoras entre ellos, un profesor macedonio de literatura francesa, Luan Starova, un historiador e hispanista francés, Joseph Perez, un arqueólogo español, valenciano, Enric Llobregat, y un escritor también español, alicantino, Vicente Molina Foix. El primero de ellos afirma: "A partir de estas coordenadas del Mediterráneo, todo comienza y todo termina por el triunfo de la diversidad, de contrastes irremplazables (...) La historia del Mediterráneo atestigua verdaderas interpenetraciones de pueblos y culturas, penetraciones que se han fijado por síntesis más profundas y más complejas que en ninguna otra parte del mundo". Molina Foix, a su vez, se refiere a los "sublimes orientalismos" de la Semana Santa de Lorca, y recupera la impresión que le produjo al escritor francés Valery Larbaud la contemplación de los oficios en la catedral de San Nicolás de Alicante: "La iglesia parecía un harem, llena de princesas y de sultanas, todas vestidas de negro brillante, seda negra, velos negros, encajes negros, desde las peinetas hasta las caderas. Es uno de los espectáculos más impresionantes que se pueden ver en España". Recordemos de paso que el portugués Miguel Torga –Portugal, cerca del Mediterráneo, pero no en él– no podía llegar a entender esa capacidad y disposición para la hibridación y la síntesis que él encontró, por ejemplo, en Andalucía: "Nunca he entendido cómo el cristianismo puede andar en esta tierra con la cara descubierta (...) El que Jesucristo esté entronizado en la Mezquita de Córdoba y el hecho de que esté paseando por aquí, excede las posibilidades de mi sincretismo religioso. Eso es volver del revés los valores de tal manera que el espíritu acaba sintiéndose perturbado. ¡O el huerto de Getsemaní o los jardines del Generalife! ¡O una cosa u otra!". Quizá Torga olvidaba que el huerto de Getsemaní es también mediterráneo.

No resulta raro encontrar entre los escritores árabes contemporáneos expresiones e imágenes parcialmente equiparables, aunque posiblemente en ellos más que de hibridación sería preferible hablar en términos de posibilidad de unión o intención de buscarla y conseguirla. Cuando el tunecino Ali al-Duayi, por ejemplo, cruzó los Dardanelos sintió, mirando hacia uno y otro continente, como "si estuviera casado con dos mujeres, es decir, con la obligación de ser equitativo con las dos hasta en la mirada". El sirio-libanés Adonis, –por su parte–, sitúa en el cálido arco oriental de nuestro mar un tálamo atemporal, estremecido y mudo al tiempo: "Fausto desposa a la orilla oriental del Mediterráneo. La orilla es una mujer que se adorna con tierras, con el pino y la cereza. Las rocas son cálidas como mujeres, mansas como nidos, y las playas están preñadas de otras playas no llegadas aún". Tengo el convencimiento personal, basado en mi lectura constante de la obra de Adonis, desde hace más de cuarenta años, de su indiscutible "mediterraneidad", honda, telúrica, litúrgica, depositaria de todas las estratigrafías culturales que en ese espacio han ido acumulándose y fundiéndose. En mi opinión, Adonis constituye testimonio esencial y absolutamente indispensable para la realización de posibles estudios sobre estos temas.

Aunque podría hacerlo, desisto de traer aquí más ejemplos procedentes del lado árabe. En todo caso, el lector interesado puede recurrir al texto mencionado con anterioridad: mi lección inaugural del curso académico en la Universidad Autónoma de Madrid. Algo más encontrará allá, aunque siga siendo simplemente una breve muestra inicial de un material

muchísimo más extenso y variado. No me resisto sin embargo a citar un breve fragmento poético del sirio Nizar Qabbani que es, a mi parecer, una espléndida profesión de sentimiento mediterráneo, integradora, profunda, entrañable, tan carnal como transparente, que recrea la inagotable e indescriptible belleza del cuerpo de la amada:

“Toda la soberbia tradición está en tu cuerpo
Y toda la asombrosa modernidad.
Tiene algo del fundamentalismo de al-Mutanabbi,
Algo de las luminosidades de Rimbaud Y algo de las alucinaciones de Salvador Dalí”

No estaría de más recordar que este gran poeta árabe sirio escribió su primer poema “cuando las golondrinas lamían la espuma blanca de los pies del barco que navegaba desde Beirut a Italia, en el verano de 1939”. Como él mismo también escribe, entonces se le fueron haciendo versos los peces de colores que iban saltando y le temblaban en la boca. En aquel momento, en ese escenario, “por primera vez, a los dieciseis años, después de un largo viaje buscándome a mí mismo, me dormí poeta”.

Mediterráneo y cultura solidaria

No se discute, pues, la diversidad, la pluralidad, constitutivas y definitivas del Mediterráneo. Los moradores de la orilla europea coincidimos de forma prácticamente unánime en esta idea, la aceptamos plenamente, nos identificamos con ella. Ahora bien, ¿la aplicamos también a la otra orilla, a la orilla árabe islámica?, ¿son también la diversidad y la pluralidad elementos constitutivos y definitivos de ese otro espacio mediterráneo?, ¿lo consideramos así nosotros?. Esta será la primera pregunta a hacerse. Porque hay otra segunda, consecuencia inmediata de esa primera y ligada naturalmente a ella. La siguiente: admitiendo que ellos también tengan su diversidad, su pluralidad, ¿tal diversidad y pluralidad suyas forman parte también de la diversidad y pluralidad características del conjunto tal y como nosotros lo hemos percibido y asumido?, ¿o se trata de una diversidad y de una pluralidad que no tienen nada que ver con las nuestras, totalmente ajenas y distintas a ellas, más aún, hasta tal vez opuestas y contrarias, rivales de las nuestras?. Es decir: el “Otro” árabe islámico, ¿es otro incluíble en la mediterraneidad, o excluído de ella?. Evidentemente, se trata de una pregunta esencial, que plantea una cuestión absolutamente clave, y de las respuestas que le demos derivarán en gran medida las formas y comportamientos que sigamos en nuestra relación con ese “otro” contiguo, explicarán en última instancia las formas de relación que entre ambos establezcamos y los comportamientos que sigamos. Yo no puedo abordar aquí y ahora la cuestión en toda su extensión, hondura y complejidad. Me limitaré, por consiguiente, a dejar tan sólo constancia de algunas consideraciones sobre la misma que considero especialmente primordiales.

Me parece que acabo de fijar el dilema central, fundamental: ¿se produce la inclusión o se produce la exclusión?. La fijación de este punto concreto, de esta disyuntiva esencial, debería constituir el debate básico y primero sobre la cuestión que nos ocupa. Porque la respuesta que diéramos sería la que podría ir proporcionando pistas, vías y señales de

posible solución del problema, suscitarlo, en uno o en otro sentido. Si aceptáramos que sí, que su diversidad y pluralidad entran en el vasto contenido conjunto de la diversidad y la pluralidad mediterráneas –aun cuando sean parcialmente diferentes de las nuestras, en grado variable según casos y circunstancias– ellos estarían incluidos también de inmediato en la mediterraneidad, compartida entonces equitativamente por ambos. Por el contrario, si considerásemos que su diversidad y pluralidad tienen muy poco que ver con las nuestras –o hasta no tienen nada que ver entre sí, que no hay relación alguna entre una y otra– quedarían por completo excluidos de tal mediterraneidad. Al monopolizar desde nuestra única perspectiva tales elementos identitarios constituyentes de la mediterraneidad, básicos e indiscutibles –sin los cuales, por tanto, ésta no existiría–, al admitir tan sólo nuestras formas, aspectos y contenidos de la misma, solamente nuestra manera específica de concebirla, de aplicarla y de ejercerla, los árabes dejarían inmediatamente de estar incluidos en ella, de pertenecer también a la mediterraneidad. Cuanto más, lo estarían geográficamente, físicamente, pero nada más. Serían mediterráneos por simple ubicación, pero por nada más: no por naturaleza, ni por condición, ni por carácter, ni por manifestación. No podrían participar en ningún proyecto auténticamente común y conjunto, compartido. Y si lo hicieran, sería única y estrictamente como elementos ajenos y añadidos, como invitados más o menos distinguidos. Como asistentes mudos a una reunión, a una asamblea, a un debate. Como simples oyentes: en una especie de presencia ausente nada más, pero no sólo sin voto sino también sin voz. Insisto en lo que dije al principio: se trata de la disyuntiva clave, y de las respuestas que demos dependerá todo lo demás. Por consiguiente, ni podemos ocultarla, ni disfrazarla, ni escaparnos sin dar las respuestas claras, sinceras y meditadas.

Es muy posible que en los momentos actuales, en este cambio de siglo sumamente inquietante y lleno de incertidumbres que vivimos –y también lleno de imponentes posibilidades de progreso más justo y mejor distribuido– resulte todavía más clave que en épocas anteriores la actitud y disposición que adoptemos ante tal disyuntiva. Porque, como afirman Sami Nair y Javier de Lucas, “el futuro está sin duda en la pluralidad de culturas, en la mezcla, en el mestizaje de sensibilidades, y el Mediterráneo no podrá escapar a este destino”. Aunque existan también muchos y sólidos precedentes para pensar que la búsqueda y el hallazgo de posibles soluciones a tan enormes problemas y conflictos no van a resultar nada fáciles, sino todo lo contrario, teniendo en cuenta precisamente los no menos enormes campos de exclusión que se han venido acumulando a lo largo de siglos. También lo advierten los mismos autores: “La civilización mediterránea es occidental y mira por completo hacia el Oeste. Las culturas del Mediterráneo son diversas, repartidas entre Norte y Sur, Este y Oeste, Oriente y Occidente. El conflicto entre el Norte y el Sur mediterráneo no es de civilizaciones, sino de culturas”.

Yo creo entender correctamente lo que afirman los autores, y comparto además en gran medida la intención con que lo afirman y los objetivos que les animan, pero estimo que se trata de afirmaciones quizá demasiado rotundas y tajantes, necesitadas de mayor precisión, tanto en el plano conceptual como en el de los contenidos concretos, y no parece del todo fundamentada la radical diferencia que se establece entre dos

conceptos y realidades tan emparentados como son civilización y cultura. Pero lo que me importa ahora aquí es resaltar la denuncia justificada de que los autores dejan constancia, por el hecho de que se otorgue sólo al Occidente el origen, el patrimonio y la posesión de tan magnas manifestaciones humanas, olvidando sus otros hogares. Los autodenominados occidentales solemos hacerlo así, y nos equivocamos grave y pluralmente. Y el error es aún más contumaz e injustificable porque casi nunca reparamos en él, o no queremos admitirlo cuando, en alguna circunstancia, lo advertimos.

En todo caso, lo que está muy claro es la enorme complejidad y dificultad del problema, desde todos los puntos de vista y en todos los terrenos. No conviene en esto, como en tantas otras cosas, ser ingenuos ni idealistas. Yo no sé si tal vez quienes con mayor nitidez ven esas enormes dificultades, y quienes con mayor firmeza también llaman la atención sobre ellas son los economistas. Como Emilio Ontiveros, que no tenía ninguna duda en afirmar lo siguiente hace casi diez años: "Tan difícil como conceptualizar el Mediterráneo como un espacio económico es sustraerse a ese conjunto de factores determinantes de esa renovada pretensión por favorecer el crecimiento y el desarrollo económico en los países de la otra orilla. El Mediterráneo es desde luego, para Europa, una fuente de problemas, y desde esa base se han abordado la práctica totalidad de las iniciativas tendentes a favorecer la parca y desigual integración económica entre el norte y el sur".

Es indudable que durante estos últimos años se han ido sucediendo múltiples tentativas de cubrir las muchas –más aún, pavorosas con frecuencia– lagunas existentes, y que desde la Conferencia Euromediterránea se ha abordado con decisión mayor –o, al menos, más declarada y aireada– "el inicio de un proyecto real de integración regional". No soy nada competente en estas materias, y no debo ni puedo por ello pronunciarme al respecto ni dar mi opinión personal. Creo, en conclusión, que seguimos estando situados en un incierto compás de espera, en el que cabe hacer con fundamento tanto balances decepcionantes cuanto detectar logros parciales reducidos. Por poner un ejemplo de la otra orilla, ésta es la impresión que yo saco de la lectura de un reciente libro de un economista argelino, Abdel-Kader Si Ahmed quien, centrándose en el caso de Argelia, amplía sus conclusiones a las economías árabes en general.

Estoy cada día más convencido de que la inmensa mayoría de los problemas y conflictos existentes entre dos partes situadas la una frente a la otra, son problemas y conflictos de relación recíproca. En todos los aspectos, situaciones y circunstancias. Y, por consiguiente, las dos partes comparten responsabilidades, fallos y aciertos, aunque puedan tener motivaciones y explicaciones diferentes. Quiero decir que para mí se trata esencialmente de problemas y conflictos derivados de una relación entre culturas. Y toda relación entre culturas exige, inevitable e inexcusablemente, que se cumplan varios requisitos e ingredientes fundamentales, totalmente necesarios. Estos son el conocimiento, el respeto y la ética. Siempre mutuos, máximos, equivalentes y simétricos. Si así no se concibe, establece y ejecuta, la relación será imposible, o irrisoria, o menguada, o frustrante, o perjudicial. Aunque pueda serlo en distintas proporciones y grados para cada una de las dos partes. Es

decir, será una relación insatisfactoria y precaria, amenazada de desaparición en cualquier momento o contingencia. Insisto en este punto: se trata ante todo de una relación entre culturas, de un sistema de relación cultural de máxima dimensión y al máximo nivel.

Para establecer con corrección y garantías de eficacia y de duración cualquier sistema de relación cultural, resulta sumamente provechoso, entre otras muchas cosas, el mayor y más correcto conocimiento de la historia. Hay pueblos y sociedades que conocen al menos relativamente bien su historia –entre ellos, me parece que tienen la fortuna de estar ustedes, los británicos–, pero hay otros, por el contrario, lamentablemente muy deficitarios al respecto: por ejemplo, y sin ir más lejos, los españoles, o los hispánicos, como yo prefiero decir. Y es lástima además, entre nosotros, por otra razón, que constituye asimismo otro excelente ejemplo de diversidad mediterránea: por al-Andalus, es decir, por la existencia en el pasado de la Hispania árabe islámica. Otra modalidad mediterránea conspicua, sometida también a la dañina disyuntiva de la inclusión o la exclusión. Y como yo afirmo siempre que de al-Andalus se trata: es una realidad rigurosamente clausurada en el tiempo, en lo cronológico, pero no en el imaginario. Ni en la reflexión, en la sensibilidad, en el sentimiento, en la inagotable potencialidad de su significado y creatividad, y en especial como entidad cultural. Los españoles, los hispánicos, no somos conscientes sin embargo del privilegio que ello supone. No sabemos aprovecharlo. No sabemos sacarle los legítimos y lícitos rendimientos. Al-Andalus, o la Hispania árabe islámica: posiblemente, un singular precedente de experiencia intercultural.

Concluyo. Siempre que trato del Mediterráneo tengo muy presentes sendas convicciones de dos moradores de este ámbito, originario cada uno de ellos de una de las dos orillas del mismo: el islamólogo argelino-francés Mohammed Arkoun y el escritor español, alicantino, Juan Gil-Albert. Afirma el primero de ellos: “Los investigadores más competentes y más leales serán los que combinen la exigencia científica con un agudo sentido de la solidaridad histórica de los pueblos y las culturas. Esto es particularmente cierto en el caso de quienes se interesan por el mundo mediterráneo”. Y el segundo: “Tener un destino es sentirse gravemente comprometido con una empresa interior”.

La experiencia me ha enseñado que abundan quienes piensan que el género de aproximaciones y planteamientos que yo he hecho en esta ponencia, y las consideraciones y reflexiones que me han ocupado, no son sino disquisiciones, vaguedades, generalizaciones vanas, vacías pretensiones intelectualoides o infrahistoricistas. Se equivocan también en esto. Porque son planteamientos básicos y estructurales. Sin los cuales no se puede levantar ninguna reflexión auténtica y sólida sobre el Mediterráneo. Igual que sobre tantos otros objetos de inquietud y preocupación humanas.